

es muy de agradecer que, para ese propósito, emplee una prosa alérgica a enjuagues retóricos y fuegos de artificio eruditos: que *toda afectación es mala*.

JULIÁN MOREIRO
IES Ciudad de los Poetas. Madrid

Zenón Luis-Martínez y Luis Gómez Canseco (eds.), *Entre Cervantes y Shakespeare: sendas del Renacimiento/ Between Shakespeare and Cervantes: Trails along the Renaissance*, Newark, Delaware, Juan de la Cuesta, 2006, 356 pp.

Las relaciones de intertextualidad que aproximan la obra de Cervantes a la de Shakespeare (o viceversa) constituyen una cuestión pendiente para la literatura comparada. En 1916 James Fitzmaurice-Kelly publicó su trabajo, pionero como escueto, «Cervantes and Shakespeare», aparecido en las *Proceedings of the British Academy*. Tres decenios después, en 1947, Alison Peers comenzaba su artículo «Cervantes in England», publicado en el *Bulletin of Spanish Studies*, apuntando el sobrado atractivo de esta suerte de investigación. Sin embargo, Peers renunció a la empresa y prefirió centrarse en cuestiones traductológicas y de recepción. A partir de los apuntes bosquejados por los padres del hispanismo británico, las investigaciones en torno a Cervantes y Shakespeare se han caracterizado por capitular ante la magnitud de la empresa. Sabemos, a ciencia cierta, que Shakespeare escribió, muy probablemente en coautoría con su amigo Fletcher, la pieza teatral de título *Cardenio*, hoy perdida, de la cual dejaron constancia los registros teatrales. Dada la tremenda popularidad del *Quijote* entre los dramaturgos londinenses en el periodo comprendido de 1607 a 1625, y en especial el uso continuado que Fletcher hizo de fuentes cervantinas, procede establecer

que el *Cardenio* de Shakespeare y Fletcher estuviese inspirado en la historia de Cardenio en el *Quijote* de 1605. Esta tesis ha hecho correr ríos de tinta. Charles Hamilton, por ejemplo, en su edición de *The Second Maiden's Tragedy* (Lakewood, Glenbridge, 1994), ha mantenido que esta obra es la verdadera *Cardenio*. El tema está cobrando un interés alcista entre la anglística, y cabe augurar que en un futuro no muy lejano contemos con investigaciones más robustas. Aparte de esto, algunos se han embarcado en la formulación de hipótesis acerca de un posible encuentro entre Shakespeare y Cervantes. Estas elucubraciones emanan de los trabajos de Luis Astrana Marín, quien conjeturaba que quizá Shakespeare hubiese formado parte del cortejo de Lord Howard, el cual en 1605 viajó a la corte en Valladolid para asistir al bautizo del príncipe español en representación del rey de Inglaterra. Esta posibilidad la puso en tela de juicio Canavaggio en su *Cervantes* (Madrid, Espasa-Calpe, última edición de 2003); más recientemente, Pedro Duque en *España en Shakespeare* (Deusto, Universidad de Deusto, 1991) ha enfatizado la falta de pruebas que lo constatan. La cuestión ha adquirido categoría de leyenda, hasta el punto de que el famoso escritor británico Anthony Burgess se tomó en 1989 la molestia de publicar un relato corto titulado «A Meeting in Valladolid» en que relataba la supuesta entrevista entre los dos literatos.

Entre Cervantes y Shakespeare no trata la controvertida y laberíntica cuestión de *Cardenio* (aunque sí se refieren a ella algunos capítulos). Lo verdaderamente importante es que la publicación de este volumen constituye un hito para el cervantismo por cuanto, por vez primera, contamos con un estudio de conjunto sobre Shakespeare y Cervantes. El volumen de Luis-Martínez y Gómez Canseco, producto de un simposio celebrado en 2004, se estructura en dos partes: una primera de título «Cruces de caminos/Crossroads» y la se-

gunda «Sendas paralelas/Parallel Paths». La primera, concebida como una índole de aproximación a lo que ha sido la influencia de Cervantes en Inglaterra, ofrece cuatro capítulos. La segunda parte consta de siete capítulos centrados en Shakespeare y Cervantes.

Comienza la primera parte con el capítulo de Richard Wilson titulado «To Great St Jacques Bond: *All's Well that Ends Well* in Shakespeare's Spain», un sugerente ensayo en que se escrutan las menciones a España en la obra de Shakespeare y el conocimiento que en Inglaterra se tenía de España, merced a los católicos ingleses. Aun cuando Wilson advierte de la hipotética adscripción de Shakespeare a círculos proscritos católicos, concluye que la presentación en *Richard II* de John of Gaunt, de su peregrinaje a Santiago, revela el ánimo irónico del dramaturgo inglés. En «The Man who Made *Don Quixote* a Classic», Daniel Eisenberg diserta en torno a la figura de John Bowle, considerado por muchos, a raíz de los trabajos de R. Merritt Cox y de Eisenberg, como el primer cervantista de la historia. Eisenberg expande aquí sus ideas acerca de Bowle y presenta una lista de veintiuna innovaciones críticas hechas por Bowle en su edición del *Quijote*, aparecida en 1781. Eisenberg cierra su estudio con un análisis de la polémica que Bowle sostuvo con Baretti. Para el anecdotario queda el tercer capítulo, de Pedro Javier Pardo García, «La tradición cervantina de la novela inglesa: de Henry Fielding a William Thackeray». Pardo García se refiere a G[arrido]. Ardila como «García Ardila»; paradójicamente, los editores confunden el nombre de Pardo, quien en el índice aparece como José Javier. Llama asimismo la atención la primera nota a pie de página de este artículo, un amplio comentario sobre algunas publicaciones en torno a la influencia de Cervantes en Inglaterra. En esta glosa ruedan cabezas por doquier, y mientras que algunos trabajos publicados en forma de ar-

tículos quedan condenados por, según el parecer de Pardo, «no realiza[r] ninguna aportación sustancial» (p. 74), otros, en las mismas circunstancias, reciben graciosa exoneración «por razones obvias de espacio» (ibíd.). Cierra esta primera parte José Montero Reguera con «Luis Astrana Marín, traductor de Shakespeare y biógrafo de Cervantes», donde se reclama la obra de Astrana por sus muchas innovaciones en el campo de las críticas cervantina y shakesperiana.

Roland Greene abre la segunda sección del volumen con el capítulo «Shakespeare, Cervantes, and Early Modern Blood», un análisis detallado de la relevancia que a la sangre toca en las respectivas obras del inglés y el español. Reflexiona Greene en torno a los avances científicos respecto de la sangre, debidos en gran parte al español Miguel Servet, y el modo en que se convirtió en un tema literario de interés y excepción. En el caso de Shakespeare, Greene analiza aquel drama donde la sangre mayor significación cobra: *The Merchant of Venice*. Ilustra Shakespeare cómo, según se entendía, la sangre portaba la virtud de dotar a las personas de una mayor o menor calidad humana. Del lado español, Cervantes no escapa a la obsesión de su época por la sangre, pero se distingue de sus contemporáneos en que en sus obras presenta la sangre como una sustancia real en lugar de un concepto metafísico. Las implicaciones de esta teoría, bien argumentada por Greene, no son pocas. «En torno a dos personajes festivos: el shakesperiano Falstaff y el cervantino Sancho Panza» de Agustín Redondo demuestra «La dimensión cómica y las perspectivas abiertas por los textos en que se insertan hermanan [...] a Falstaff y a Sancho» (p. 164). Redondo arguye que ambos personajes provienen de las tradiciones carnavalescas de España e Inglaterra. Este entronque común explica las similitudes entre ambos. Redondo se apresura a clarificar

que nada debe Cervantes a Shakespeare, puesto que las coincidencias que los vinculan responden a coincidencias en las culturas populares. Por ello concluye: «Lo que les hermana es que hunden sus raíces en la misma tradición carnavalesca y en las mismas prácticas de la buhonería cortesana» (p. 182). En «Cada loco con su tema: perfiles de la locura en Shakespeare y Cervantes», Valentín Núñez Rivera acomete un análisis de la demencia en las obras de los dos autores, resaltando el valor que a la locura se dio en el Renacimiento por dotar a quienes la sufrían de una perspectiva lúcida de los problemas existenciales y porque, como adujo Castiglione, la locura es inherente al género humano. Este capítulo presenta una completa y actualizada revisión del tema de la locura en la obra de Cervantes antes de analizar la demencia de Hamlet y del rey Lear. «Entre rostros ficticios y textos reales: écfrasis y emblema en Cervantes y Shakespeare», de Jorge Casanova, se centra en el soporte emblemático en las obras de estos autores hasta concluir que así la écfrasis como el emblema arraigan en ellas por cuanto se trata de dos características fundamentales de la cultura de la época. Elena Domínguez Romero trata en «Montemayor, Shakespeare y Cervantes: Sendas paralelas o caminos de ida y vuelta» el uso de las tradiciones amorosas en España e Inglaterra. Demuestra esta el modo en que Shakespeare subvierte las concepciones filigráficas heredadas de Petrarca. De igual modo, Cervantes, como fue tónica reforzada por la moral católica de la época, trató en *La Galatea* de tomar distancia de la tradición pastoril. Zenón Luis-Martínez acomete en «Preposterous Things shown with Propriety: Cervantes, Shakespeare, and the Arts of Narrative» las características narratológicas comunes a Cervantes y Shakespeare, en la etapa última del dramaturgo, cuando sus obras propenden hacia lo narrativo. En su aportación,

Luis-Martínez se esfuerza por apuntar similitudes entre los estilos de estos dos autores y aboga por soslayar las diferencias que los distancian. «Razones para las sinrazones de Apuleyo: Cervantes y Shakespeare frente al *Asno de oro*» de Luis Gómez Canseco y Cinta Zunino Garrido traza el influjo del *Asno de oro* en las literaturas española e inglesa del Renacimiento. Explican estos críticos el influjo de Apuleyo en el *Quijote*, *El casamiento engañoso*, el *Coloquio de los perros* y el *Persiles*, así como en obras de Shakespeare, tal que *The Merry Wives of Windsor*, todo lo cual constata el común tronco cultural de los dos autores.

No es el objeto de *Entre Cervantes y Shakespeare* probar lo que quizá sea improbable: la influencia de un autor en otro, más allá del cervantino *Cardenio* de Shakespeare, sino situar a ambos literatos en un marco común, que fue la Europa renacentista. En los siglos XVI y XVII, los países europeos compartieron una cultura común, pese a las muchas diferencias que los enfrentaban políticamente. Y así lo demuestran las obras de Shakespeare y Cervantes, en su tratamiento de la sangre, su uso de las tradiciones carnavalescas, su respeto a autores clásicos como Apuleyo o su recurrencia y posterior reacción ante la tradición pastoril.

J. A. G. ARDILA
University of Edinburgh

Antonio Rey Hazas y Juan Ramón Muñoz Sánchez (eds.), *El nacimiento del cervantismo. Cervantes y el Quijote en el siglo XVIII*, Madrid, Verbum, 2006, 487 pp.

Los editores de esta antología de textos sobre Cervantes y el *Quijote* en el siglo XVIII comienzan su trabajo confesando el poco entusiasmo que en principio les producía tener que trabajar con materiales